

LA EPOPEYA DE ARICA Y EL HONOR NACIONAL



07 DE JUNIO DE 1880: “LA EPOPEYA DE ARICA Y EL HONOR NACIONAL”



*Por Juan Urbano Revilla
Gral. de Brigada EP
Primer Vicepresidente del
Centro de Estudios Históricos Militares del Perú
jurbanor@hotmail.com*

RESUMEN. *El sacrificio del Coronel Francisco Bolognesi y sus hombres de Arica constituye un canto eterno a la inmortalidad de las causas justas, es el mayor ejemplo de sacrificio que un soldado puede dar por su patria.*

Un templo de peruanidad, donde Bolognesi y los quince jefes defensores de Arica, en consciente acuerdo y conociendo a cabalidad la destrucción que el enemigo aplicaría sobre ellos, decidieron por la ruta más empinada.

Ello eleva a la cúspide del heroísmo universal a los defensores de Arica que cumplieron su deber; por el contrario, el enemigo manchó su acción militar con los actos de barbarie y “repose” en el campo de batalla. Velar por el legado pétreo dejado por el Coronel Bolognesi y sus hombres en el sagrado peñón de Arica.

Palabras claves. *Sacrificio, heroísmo, legado, sagrado.*

ABSTRACT. *The sacrifice of Colonel Francisco Bolognesi and his men from Arica constitutes an eternal song to the immortality of just causes, it is the greatest example of sacrifice that a soldier can give for his country. Peruvian’s temple, where Bolognesi and the fifteen defending chiefs of Arica, in conscious agreement and fully knowing the destruction that the enemy would inflict on them, decided on the steepest route.*

This elevates the defenders of Arica who fulfilled their duty to the pinnacle of universal heroism; on the contrary, the enemy stained its military action with acts of barbarism and “review” on the battlefield. Watch over the stone legacy left by Colonel Bolognesi and his men on the sacred rock of Arica.

Keywords. *Sacrifice, heroism, legacy, sacred.*

INTRODUCCION

El 07 de junio evocamos el cenit del honor militar. El sacrificio del Coronel Francisco Bolognesi y sus hombres de Arica constituye un canto eterno a la inmortalidad de las causas justas. Así nuestra mirada se vuelve a aquel morro que quedó investido como un peñón perpetuo que se mantiene incólume en el corazón de cada peruano. Sus rocas y tierra permanecen impregnadas del mayor ejemplo de sacrificio que un soldado puede dar por su patria y su bandera, legándonos la misión de unidad y grandeza, ante cumbres y abismos.

El holocausto de Arica

A inicios de abril de 1880, el Coronel Francisco Bolognesi es designado Jefe de la Plaza de Arica, principal puerto peruano del sur; allí, desarrolla un extraordinario esfuerzo para levantar fortificaciones en la playa y en el morro de Arica, albergando la esperanza del envío de refuerzos. Sin embargo, el 26 de mayo de 1880, se conoce el desastre de las fuerzas peruano-bolivianas en la batalla del Alto de la Alianza, y con ello constataron que la posición de Arica era insostenible.

El 28 de mayo, Bolognesi convoca a Junta de Guerra de los jefes peruanos, para decidir la suerte de la Plaza de Arica. Se inicia entonces la inmolación que, día a día, forjaban los defensores peruanos. Ellos comprendieron que eran superados por el enemigo, en efectivos y armas, en proporción de 4 a 1, que estaban rodeados y aislados, sin apoyo naval y sin ser atendidos sus continuos pedidos de refuerzos terrestres. Estaban allí, dejados a su destino por quienes teniendo las riendas del país se cegaron a la unidad nacional y demostraron su incomprensión de los asuntos militares; más aún, los defensores sabían que cualquier resultado de la contienda en Arica no alteraría la ofensiva enemiga de una guerra preparada para destruir las entrañas del Perú, y les llegó la hora de decidir. Entonces, Bolognesi y los suyos acordaron mantenerse y defender aquel bastión moral de la patria.

El 05 de junio a las 0600 hrs. se presentó al cuartel general peruano el mayor chileno Juan de la Cruz Salvo con el pedido de rendición de la Plaza, ofreciendo una capitulación encubierta de engañosa dignidad, descansada en la enorme superioridad de 6,000 hombres y materiales del enemigo, sobre unos 1,600 combatientes peruanos; ese era el camino fácil, simple y deseado por el invasor. Que difícil respuesta en aquel acto de mayor desafío para un soldado. La sala de reunión se convirtió entonces en un templo de peruanidad, donde Bolognesi y los quince jefes defensores de Arica, de cara al emisario chileno, en consciente acuerdo y conociendo a cabalidad la destrucción que el enemigo aplicaría sobre ellos, decidieron por la ruta más empinada, aquella que solo se elige cuando los hombres superan su naturaleza humana y se acrecientan ante el infortunio.

Sus nombres y sacrificio deberán relucir por siempre en el mármol de la patria: Crl. Francisco Bolognesi, Comandante General de la Plaza de Arica (muerto); Crl. Manuel La Torre, Jefe del Estado Mayor (prisionero); Crl. José Joaquín Inclán, Comandante General de la 7ª División (muerto); Crl. Alfonso Ugarte, Comandante General de la 8ª División (muerto); Tte. Crl. Ricardo O´ Donovan, Jefe del EM de la 7ª División (muerto); Crl. Mariano E. Bustamante, Jefe del Detall de la 8ª División (muerto); Crl. Marcelino Varela, Jefe del Batallón “Artesanos de Tacna” (herido); Crl. Justo Arias y Aragüéz, Jefe del Batallón “Granaderos de Tacna” (muerto); Tte. Crl. Francisco Cornejo, Jefe del Batallón “Cazadores de Piérola” (muerto); Tte. Crl. Roque Sáenz Peña, Jefe del Batallón “Iquique” (herido); Tte. Crl. Ramón Zavala, Jefe del Batallón “Tarapacá” (muerto); Tte. Crl. Juan Pablo Ayllón, Jefe de la Batería Norte (prisionero); Cap. de Navío Juan Moore, Jefe de Batería Morro

(muerto); Tte. Crl. Medardo Cornejo, Jefe Batería Este (prisionero); y el Cap. de Navío José Sánchez Lagomarsino, Comandante del Monitor “Manco Cápac” (prisionero).

Ellos ratificaron que cumplirían con su deber militar, y no rendirían la Plaza de Arica, llenándose la sala con las soberbias palabras de respuesta que esgrimió el Coronel Bolognesi para la posteridad:

“Tengo deberes sagrados, y los cumpliré hasta quemar el último cartucho”.

Y los hombres de Arica así lo hicieron; primero, resistiendo el bombardeo de los cañones chilenos que se inició a solo dos horas de recibida la respuesta.

Al día siguiente, 06 de junio las piezas de artillería chilena, desde mar y tierra, lanzaron más de 270 proyectiles, que fueron respondidos por el fuego de los cañones peruanos del morro y del Monitor Manco Cápac; un proyectil sacó fuera de combate a la nave chilena Cochrane. Es decir, nada amilanaba a los bravos de Arica, dispuestos a cumplir su sacro deber.

El cenit del 7 de junio de 1880

Llegó entonces el 07 de junio y el morro recibió la multitud del asalto enemigo, chocando con la épica defensa. El ataque principal del adversario se dirigió sobre los Fuertes Este y Ciudadela, posiciones sostenidas por los batallones “Granaderos de Tacna”, “Cazadores de Piérola” y “Artesanos de Tacna”, que sumaban 800 infantes con armamento obsoleto y escasas municiones, los que se opusieron a 2,400 enemigos del primer escalón enemigo que era apoyado por 1,200 hombres de la reserva, 28 cañones y 2 ametralladoras. La lucha fue cruenta, llegándose a cruzar los parapetos defensivos hasta el enfrentamiento cuerpo a cuerpo al interior de cada fuerte. Dice el historiador general Dellepiane *“que el espíritu de sacrificio de los defensores se evidenció en grado excelso; los soldados no solo lucharon con bravura contra lo imposible, sino que buscaban la muerte con deliberada intención heroica”.*

Los jefes fueron cayendo sable en mano al lado de casi la totalidad de las tropas bajo sus mandos, llegando la hecatombe con la explosión del polvorín del Fuerte Ciudadela por acción del joven Alfredo Maldonado, momento cenit de la inmolación de los combatientes peruanos. Refiere el sargento Dionisio Vildoso, sobreviviente: *“Ya íbamos quedando muy pocos, en esto llegan los coroneles Manuel C. de la Torre y el jefe de la plaza coronel Francisco Bolognesi y nos dicen hijos un momento más, y se dirigieron donde estaban los aparatos de las minas [...] no dan fuego las minas, y nos retirábamos para el morro. [...] En este lugar nos unimos y seguimos haciendo fuego en retirada al morro para tomar posición del parapeto...”.* Luego cayó el Fuerte del Este, para seguir la lucha en el sector de las Baterías del Morro y el Fuerte del Norte.

Allí estaba el Coronel Bolognesi, en la cima del morro, revolver en mano disparando a la masa chilena, resultando herido en estoica lucha al lado de los suyos hasta caer muerto por el enemigo, quedó con un balazo en el pecho y destrozado su cráneo. Él siguió el sacro camino de todos aquellos que en Arica honraron su palabra. Bolognesi y los defensores caídos demostraron que en esencia eran soldados en el sacrificio máximo por la patria.

En total, las bajas peruanas de la batalla de Arica alcanzaron más del 65 % de hombres en combate, de los cuales sucumbieron casi todos los Jefes de alta graduación y la mayor parte de Oficiales. Ello eleva prístinamente a la cúspide del heroísmo universal a los defensores de la plaza que cumplieron su deber; por el

contrario, el enemigo manchó su acción militar con los actos de barbarie y “repase” en el campo de batalla; es más, soldados peruanos cayeron ejecutados al pie de la iglesia de Arica y la destrucción llegó a la ciudad y su indefensa población, en amargo resultado del cual ningún ejército puede enorgullecerse en la historia de las guerras.

La ruta perpetua del honor nacional

Ese fue el camino inmarcesible, escogido por Francisco Bolognesi y los hombres de Arica. Ellos respondieron por los peruanos del futuro, desdeñando aquel pedido de rendición que, de haberse acatado, en cualquier circunstancia de disfrazado respeto, hubiera significado llevar en el tiempo las cadenas de la ignominia, anhelo del enemigo y el peor de los castigos para los pueblos dignos. Los héroes de Arica nos libraron de ello y no solo eso, sino que con sus actos convirtieron el holocausto del morro en el mayor de los triunfos morales del honor y la dignidad nacional.

Es más, con su sangre ganaron el color de la honra para los suyos y orgullo de los peruanos; por ello su imagen permanecerá en nuestra memoria, a través del tiempo, con aquellos rostros firmes y lúcidos en el destello del bronce, como ejemplo imperecedero para todas las generaciones de peruanos: ¡Que quien muere por su Patria, nunca muere!

Más aún, ellos vencieron en el tiempo, como dijera Jorge Basadre, “*el que muere si muere donde debe, vence y sirve*”, con lo cual desvanecieron la arrogante destrucción de nuestras fuerzas materiales, vano trofeo que terminó empequeñeciendo al enemigo; y por el contrario, la gesta de Arica agigantó a sus defensores ante el mundo entero ingresando al altar universal de la gloria, cubiertos de plomo y desgarrados por el corvo, destrozados sus cuerpos y hecha añicos nuestra bandera, pero cubiertos de heroísmo y amor a la patria, sin arriar jamás el pendón bicolor, ni entregar sus armas a la oprobiosa capitulación.

Con sus actos, preservaron el honor y la dignidad nacional, las desgracias quedaron purificadas en lo sublime del sacrificio, acataron su deber militar, pero más aún respondieron con el deber moral de darle al Perú un haz de luz en medio de la penumbra en que enfrentamos la infausta guerra que nos impuso el enemigo; y sobre todo demostraron que una muerte con gloria, es preferible a una vida con infamia, y la derrota gloriosa no es deshonra, pues el honor no depende del enemigo, depende de nosotros mismos.

Así, en Arica se selló por siempre el juramento de fidelidad a la causa nacional, se cumplió el contrato de honor con la patria, donde los jefes que allí pelearon hasta el último de los soldados pudieron decirle al Perú y al mundo entero:

¡CUMPLIMOS CON NUESTRO DEBER Y ENTREGAMOS INCÓLUME EL HONOR NACIONAL!

Veamos entonces por el legado pétreo dejado por el Coronel Bolognesi y sus hombres en el sagrado peñón de Arica, regado con sangre peruana y sus defensores envueltos en nuestra bandera. Esa deberá ser la imagen que llevemos en nuestra memoria, inscrita en el alma nacional que clama:

¡PERUANOS... SEGUID SU EJEMPLO!

-fin del artículo-